

Información-Desinformación, causas y efectos de un dilema presente

Falsedad, bulo y manipulación, origen del malestar que prelude el odio

La información, como bien potencialmente social, se está viendo sometida a una serie de transformaciones que han alterado profundamente su naturaleza y su función en un sentido que se percibe, mayoritariamente, de manera insatisfactoria. Indagar sobre las causas de este malestar generalizado requiere remontarse a las causas que lo han generado. Los cambios aludidos conciernen a todos los hitos del proceso informativo, desde el emisor al canal o medio empleado, más los receptores y componentes del propio mensaje.

A grandes rasgos cabría definir la información como todo proceso caracterizado por la trayectoria de un mensaje intencionalmente encauzado a reducir la incertidumbre. Los elementos componentes del proceso, emisor, mensaje, receptor, retorno, son conocidos. Dada la amplitud conceptual abarcada, sobre la información convergen múltiples dimensiones, tantas, que resulta difícil su tratamiento sistemático.

Me refiero, en principio, al carácter interpersonal de la información, como componente distintivo del carácter social de la comunicación. Esta distinción es significativa, por cuanto que establece una diferencia entre información y comunicación, pero su olvido se encuentra en el origen mismo del problema que tratamos de abordar.

Una persona puede estar bien informada pero, simultáneamente, permanecer incomunicada. ¿Por qué? Porque la comunicación es un

estadio superior del proceso informativo, ya que consiste en la validación interpretativa de la información recibida, mediante la crítica, el contraste, el consenso y/o el diálogo. Estos cuatro elementos, que son referenciales, poseen un contenido social. No es posible evaluar una información sin estas herramientas referenciales de las que disponemos en la vida social.

Si el proceso informativo no culmina en su validación, la información permanece en estado inerte sin acceder al estadio de la comunicación que es, en definitiva el que implica la humanización de lo informado y nos inserta en la sociedad, por permitirnos pertrechar nuestras pautas, valores y conducta merced al lenguaje, expresión suprema de la distintiva sociabilidad humana.

De entre los numerosos enfoques multi-disciplinares desde los que se ha tratado tanto la información como la comunicación, destacan aquellos que las abordaban desde perspectivas mediáticas. Es decir, aquellos que centran su atención en la intermediación que los medios, los canales de interconexión, realizan entre emisores y receptores, es decir, entre sujeto y objeto, sociales, del despliegue informativo. Y ello, sobre todo, por su impacto sobre la formación de la denominada opinión pública, el estadio social comunicativo que ocupa el último escalón del proceso informativo.

Esta perspectiva acreditaba el periodismo como uno de los vectores más apropiados para iniciar, mediante la difusión informativa, el proceso de conversión de la información en Comunicación: tránsito que puede y suele mantener, inducir o fomentar determinados tipos de pautas, valores y conductas. De ahí su importancia social y, por ende, política.

Periodismo y actualidad

Pero, por otra parte, el periodismo, expresión suprema de las funciones mediáticas, se encuentra inextricablemente vinculado a la actualidad, de la que da cuenta periódicamente. Lo hace mediante informaciones relevantes, dotadas de interés general, que contribu-

yen a despejar la incertidumbre, consolidar certezas y crear criterio. Como señalábamos, si la información no ha recorrido el circuito comunicativo, es decir, si no ha superado la fase de validación social, no trasciende la fase de individuación y no puede acceder al estadio desde el cual, la formación de opinión y la construcción de criterio se consuma.

Es preciso tener en cuenta que la información es un bien social cuyo origen y cuyo destino se encuentran en la misma sociedad de donde surge y hacia la que se dirige. Los medios, en general y el periodismo, en particular, no son sino administradores —que no propietarios— de la información, el bien social a cuyo tratamiento y elaboración se dedican. Buscan, procesan y emiten la información que obtienen de la sociedad y se la devuelven debidamente procesada. Cumplen, pues, una función de intermediación social.

Los medios se encuentran vinculados a condiciones espaciotemporales propias. Es decir, están insertos en un ciclo emisor periódico versado a un receptor y cuentan con un soporte material, mediático. Para consumir tal intermediación necesitan un proceso temporal previo de extracción informativa capaz de vertebrar los elementos constitutivos del mensaje, la noticia, que se disponen a emitir.

Pues bien, en la presente situación, la función de intermediación social de los medios se ha colapsado por distintos factores, tanto de tipo técnico-formal como de naturaleza conceptual. El primer factor deriva de las pulsiones de la actualidad, esa forma de inmediatez, de transmisión instantánea de mensajes noticiosos, que acorta los tiempos de su elaboración y los incrusta en formatos sintéticos que necesariamente los trivializan, banalizan y degradan. El periodismo perderá así su periodicidad característica.

El segundo factor deriva del despliegue incontrolado y desaforado de la tecnología aplicada a los medios. La tecnologización rampante no solo coadyuva, sino que también impone la degradación descrita, por verse aquella comprometida en la aceleración exponencial de la transmisión en detrimento de los contenidos, experienciales, históricos y sustantivos propios de lo transmitido.

La conjunción de ambos factores desvertebra la función mediadora que el proceso informativo-comunicativo se propone culminar. La inmediatez se convierte así en el principal obstáculo de la mediación, al impedir el paso desde el nivel informativo al estadio comunicativo. No reduce, sino que amplía la incertidumbre. En vez de conectar a la sociedad consigo misma, mediáticamente, la ofusca y la aísla en un bloqueo intersocial que espolea la incomprensión, la incomunicación y el conflicto. El resultado es pues, la apropiación particularizada y la expropiación de un bien social como la información.

Por otra parte, la mentada tecnologización, hoy en su versión telemática —esto es, informática más telefonía— cuando se ve abducida por su propia dinámica de aceleración exponencial, sustituye las dimensiones espacio-temporales de la vida humana por una virtualidad que la deshumaniza. Los seres humanos vivimos bajo condiciones espaciales e históricas; nuestra mente sigue ejes sincrónicos y diacrónicos, de simultaneidades y de sucesiones, no convencionales como los del magma virtual, sino reales, tangibles, comprobables y verificables. La aceleración telemática descrita y aplicada a los medios, de no ser embridada por y para la sociedad, carece de sentido, solo es velocidad, vector errático que se despliega caprichosamente desnortado en la infinitud del éter. De ahí derivará, pues, uno de los principales efectos del descontrol tecnológico de los procesos informativos: la des-participación política, herida mortal de las democracias representativas.

Al amparo de este déficit marcado por la desocialización de los procesos informativos y comunicativos, surgirá la desinformación, que no es otra cosa que información mutilada, desprovista de su contenido de verdad. Hoy adopta la forma del bulo, la mentira intencionada, la falsedad premeditada, la intoxicación, las distintas formas de manipulación y su precipitado más inquietante: el odio. Ya conocemos las consecuencias históricas a las que coadyuvó decisivamente la implantación del odio desde el universo mediático: irracionalismo, racismo, supremacismo, terrorismo, belicismo...

A este proceso se suma otro: la profunda mutación paradigmática de los cánones que han regido la atención de los medios informa-

tivos a partir de la Segunda Guerra Mundial. Los tres paradigmas vigentes entonces en torno a la moral, la geopolítica y la ciencia tuvieron como referentes el Holocausto como expresión suprema del Mal; la bipolaridad Este-Oeste, como determinante del llamado equilibrio del terror basado en la paridad nuclear; y la Lingüística, que influía en la acreditación del pensamiento desde el valor de la palabra. Bajo estos tres cánones, el periodismo discurrió en la posguerra mundial dentro de un ámbito de referencias intelectualmente identificable y discernible.

Pero, coincidentemente con la implosión de la Unión Soviética, el auge del posmodernismo anti-ilustrado y la instauración del pensamiento único como expresión cultural del capitalismo financiero, aquellos paradigmas colapsaron desatando una conmoción axiológica sin precedentes, dando paso al desconcierto ideológico y a la confusión intelectual, a los que hay que sumar la aceleración de las crisis económicas cíclicas y sistémicas, que se proyecta en los procesos desinformativos descritos y los retroalimenta.

Como cabe imaginar, el periodismo se ejerce desde distintos medios configurados habitualmente como empresas. Se trata de organizaciones vertebradas como negocios privados pero con la particularidad de que administran y difunden un bien público como la información. No conviene olvidar esto. La información no pertenece a los periodistas, ni a los medios que la difunden, tampoco a los anunciantes que se publicitan desde sus páginas o espacios audiovisuales. La información difundida desde los medios privados y públicos pertenece a la sociedad y es a ella, conforme a su interés general, a quien debe regresar convenientemente organizada para que la sociedad la asimile y la incorpore a su acervo de conocimientos y valores que vertebran la sociedad. Los valores articulan la acción social a la que estimulan como representaciones de lo deseable.

En España, durante la última fase del franquismo, tras una larga etapa de periodismo dirigido desde el poder, la Prensa fue poco a poco distanciándose del poder político-militar dictatorial encarnado por aquel régimen y se convirtió en una de las herramientas para el cambio de valores que precedió a la democracia. Aquello le granjeó un

consistente prestigio social, porque cumplía su función de informar y de controlar al poder mediante la crítica formulada por los sectores políticamente más activos de la sociedad. Además, los medios descubrieron que decir la verdad era asimismo económicamente rentable. La publicidad necesitaba acreditarse mediante soportes veraces que otorgaran credibilidad a lo publicitado y recurrió al periodismo de entonces para conseguirlo.

Desde la política, el propósito de dirigir los periódicos con fines, sobre todo electorales, es permanente. Quienes ejercen esas prácticas olvidan que la libertad de expresión y el derecho a la información objetiva, contrastada y veraz, son dos de los principales derechos democráticos de la ciudadanía, ya que a través de los medios se crea conciencia y opinión pública con las cuales controlar las tendencias extra-democráticas que suelen anidar en el seno del poder económico o político.

La irrupción telemática

Cabe decir que la denominada crisis de los medios de comunicación obedece a razones internas y externas. Las externas, que son de distinta naturaleza, tienen su origen, sobre todo, en los enormes cambios tecnológicos operados en el mundo de las telecomunicaciones de los que hemos hablado. Estos cambios han acentuado la instantaneidad y la compresión de las noticias, situando a los medios en un presente continuo y simultáneo, orillando así la dimensión secuencial, reflexiva y periódica del periodismo. Se han generalizado una desinversión, precarización y degradación salarial *intramuros* de los medios, que han repercutido en la calidad de los contenidos informativos y su suplantación por una agresividad en el periodismo de opinión, en las tertulias sobre todo, en ocasiones impropia de sociedades democráticas maduras.

En el plano interno, la crisis tiene su origen en el olvido, por parte de numerosas empresas de medios de comunicación, de la función social de la información y en la anteposición de intereses particula-

res respecto a los intereses generales de la sociedad, globalmente considerada.

Al convertir el mundo de los medios —acreditado por su función social durante la Transición del franquismo a la dictadura— en objeto informativo, olvidando que el objeto de la información es la propia sociedad, no los medios, se ha generado un poder mediático frente al poder social que degrada las posibilidades que los medios tienen de generar las certezas y los valores democráticos que facilitan enormemente el desarrollo libre, pleno y humano de las personas.

La propuesta que cabe formular desde presupuestos democráticos es la de la recuperación de la función social del periodismo, hoy extraviada y herida por la desinformación. A ello habría que añadir el compromiso ético, individual y colectivo, de los periodistas con la verdad, la lucha constante por obtenerla y difundirla para lograr una sociedad justa, libre y solidaria.

El debate sobre la información incide hoy de lleno sobre el tema de la participación. El concepto de participación es, manifiesto u oculto, el arco de bóveda de la vida social y política. Parece necesario añadirle hoy el prefijo *des* para describir el aspecto real que ha adquirido: desparticipación, emblema de los tiempos presentes. La vida pública, la presencia de la sociedad en la escena política parece irsele de las manos a la ciudadanía, para apropiársela bien el Estado, bien el tándem Gobierno-Oposición —léase clase política—, o bien y sobre todo, corporaciones privadas que han aterrizado en el panorama institucional para quedarse, en él y con él, sin credencial democrática alguna.

Comoquiera que la gravedad de esta expropiación es evidente en sistemas políticos que se proclaman democráticos, el propio sistema genera una serie de placebos y subterfugios para esquivar esta disfuncional brecha. Así, paradigmas, consignas y mantras al uso propalan la idea de que hoy el supuesto acceso universal a la información -vía internet- es el elemento sustitutorio cardinal de la participación política democrática. En otras palabras, internet es el parche que cubre la honda brecha de la desparticipación social mayoritaria

en la vida política, ceñida meramente al acto del voto cuatrianual. La proliferación cuantitativa de emisores no implica necesariamente una cualificación de los mensajes informativos; sobre todo si aquellos, digamos emisores particulares, carecen de las prácticas y principios de contrastación, verificación y validación que tradicionalmente ha empleado el periodismo profesional. No cabe hacer periodismo sin periodistas. El resultado es una situación idónea para la individuación descontrolada de la decisión política que recae, así, en manos de aquellos a quienes no corresponde decidir, por carecer de la legitimación que les otorgaría su representatividad social por otra parte, inexistente.

De momento, percibimos las distorsiones derivadas de tal proceso desparticipativo en el lenguaje mismo, que persiguen fundamentalmente alejar de la realidad social –y política- a los ciudadanos. Así, se denominan *redes sociales* a aquellas conexiones en las que lo que prima es la presencia de un individuo en un escenario informático o telemático virtual, caracterizado por la desaparición de las dimensiones espacio-temporales de la existencia propia y de la realidad social. Todo ello envuelto en una fantasía de presencia social que no es tal por hallarse embutida en un falso escenario virtual. La sociedad es un constructo de relaciones espacio-temporales de contigüidad y de continuidad, que se despliega sobre dos ejes, uno de simultaneidades y otros de sucesiones, perceptibles ambas por la mente humana y por los sentidos. Además de ser una realidad tangible, la sociedad cuenta asimismo con un rango conceptual, pero vinculado siempre a sus coordenadas de sincronía y diacronía, de presente y de historia.

Por ello, el debate sobre información-desinformación en la sociedad democrática no es un mero asunto técnico, en torno a medios analógicos, digitales o “quinto-dimensionales”, como quiere hacernos creer toda la presión mediática hegemónica hoy vigente. Muestra más bien una naturaleza profundamente social, moral pues, que queda oculta por el tratamiento, generalmente superficial y abstracto, de tan crucial dilema. ■